

convertir esta operación en una batalla decisiva. Ya el Ejército no puede hacer más, ha llegado en estos días al límite de su potencialidad; más bombas, más metralla, más cohete, más napalm y más morteros no puede usar; ni tampoco más columnas; se palpa su impotencia. Situado tú en el vértice de la Mina y Camilo en la Plata, con los refuerzos de Almeida y Ramirito a mano, no podemos tener mejores perspectivas de victoria.

Me ocupé de transmitirle la misma confianza a Curuneaux —cuya participación en toda la operación estaba siendo tan destacada—, en la mañana del día en que la tropa enemiga de la playa debía estar ya en movimiento:

Vamos a ver cuál es el resultado de la batalla contra los refuerzos. Si derrotamos los refuerzos estos [los guardias cercados en Jigüe] se rendirán irremisiblemente con poco esfuerzo de nuestra parte. Esta es la oportunidad de hacerle a la Dictadura un desguazo completo que puede ser su caída. Están obligados a mandar refuerzos y a los refuerzos los podemos aniquilar.

El personal de la Compañía G-4, al mando del capitán José Sánchez González, inició su avance desde la desembocadura del río La Plata a las 6:00 de la mañana del jueves 17 de julio. Iban apoyados en su movimiento por el fuego de la fragata *Máximo Gómez*, situada frente a la playa, y por la observación desde la avioneta que sobrevolaba constantemente la zona. Durante varias horas los guardias subieron por el río y las faldas laterales, en aquellos lugares donde la pendiente hacía practicable el avance, sin encontrar resistencia rebelde.

Alrededor de las 11:00, después de haber sobrepasado el amplio recodo del río en Puralón, la vanguardia enemiga chocó con la emboscada rebelde y comenzó el combate. El personal de Lalo y de Cuevas se batió firmemente en sus posiciones, de donde no podían ser desplazados por la fusilería y los morteros del Ejército, y pronto comenzaron a causar las primeras bajas entre los guardias. De hecho, a los 15 minutos de combate ya los dos primeros pelotones de la compañía habían quedado totalmente desarticulados, y muchos guardias huían de manera desordenada.

Esta retirada de los restos de la tropa enemiga fue posible en gran medida porque la fuerza rebelde de Ramón Paz, posicionada en el firme de Manacas, no se movió durante el combate. Por un error de interpretación de mis órdenes, Paz no cumplió con su encomienda de bajar en dirección al río una vez iniciada la acción, con el propósito de cerrar por la retaguardia al enemigo, impedir su retirada y embotellarlo en un cinturón de fuego rebelde que lo pusiera en la disyuntiva de rendirse íntegramente o ser destruido en su totalidad. A causa de este error, la primera acción en Puralón no causó el desastre previsto para el Ejército. Sobre este tema volveré dentro de un momento.

Pero, a pesar de este contratiempo, el combate del 17 de julio en Puralón significó una notable victoria rebelde. En primer lugar, se logró el objetivo principal: detener el refuerzo e impedir que llegara hasta el batallón sitiado en Jigüe.

En segundo lugar, si bien no se alcanzó —como ya dije— el propósito de destruir dicho refuerzo, lo cierto es que la Compañía G-4 quedó tan vapuleada que dejó de contar como fuerza oponente. El primer parte enviado por Cuevas a nuestro puesto de mando en el alto de Cahuara, a las 2:20 de la tarde, daba las cifras de 12 guardias muertos y 14 prisioneros. El conteo final de hombres capturados, sin embargo, se elevó a 24. Sin duda, hubo cierto número de heridos evacuados por los soldados en su retirada.

En tercer lugar, hay que destacar el botín ocupado en este primer combate contra los refuerzos. En nuestro poder quedaron nada menos que 34 armas largas: 17 fusiles Springfield, 10 carabinas San Cristóbal, 4 fusiles semiautomáticos Garand, dos fusiles ametralladoras Browning y una ametralladora de tripode calibre 30, además de 18 000 balas y 48 granadas de fusil. Cayeron, además, en nuestras manos, casi todos los suministros para aliviar la situación del batallón cercado que traía la compañía en un arria de mulos.

El personal rebelde no tuvo una sola baja en este combate, lo cual indica la calidad de las posiciones preparadas por Lalo y Cuevas para la emboscada.

Por los primeros informes recibidos, me percaté de que la operación no había funcionado tal y como había sido planificada. En un principio decidí esperar por noticias de Paz, pues estaba convencido de que un jefe tan responsable, capaz y decidido como él cumpliría al pie de la letra su misión, y que, tal vez, lo que había ocurrido era que había cortado a los guardias mucho más abajo sin tiempo de informar el resultado. Sin embargo, en el transcurso de la noche, al recibir el informe de Paz, quedó claro que el éxito completo de la operación no había sido posible debido a la inacción de esta fuerza rebelde, que era parte muy importante del plan. Pero tan persuadido estaba de las condiciones de este jefe, que a la mañana siguiente le envié un mensaje donde le decía que parecía haber ocurrido una confusión con las órdenes, le pedía que me mandara mi mensaje de la noche del 16 en el que estaban contenidas las instrucciones a él, a Cuevas y a Lalo, y lo exhortaba a que no se desanimara, pues aún quedaban muchas cosas por hacer.

Paz me contestó esa misma tarde, entre dolido y disgustado. Su respuesta es digna de ser reproducida:

La realidad es que entendimos que me situara más arriba, pues usted sabe que yo no soy capaz de rehuir un combate, ni dejar de cumplir una orden suya aunque en ella me vaya la vida; pues un hombre de mi convicción no quiere la vida el día que se considere indigno de vestir el uniforme de nuestro glorioso ejército.

Ahora mi dolor es que no he podido coger ni un arma y tengo 9 hombres desarmados. Mándeme órdenes, pero que sean de pelear.

Desgraciadamente, Paz había interpretado mi orden de la noche del 16, en el sentido de que se situara en lo alto del firme y no se moviera de allí en previsión de que una parte de la tropa de refuerzo enemiga fuese a avanzar por allí. A su mensaje le contesté de nuevo:

No tienes que decirme lo que yo sé sobradamente de tu valor y capacidad de lucha y de mando porque lo has sabido probar muchas veces.

Te pedí mi comunicación para cerciorarme de la forma en que había enviado las instrucciones porque a mí me cabe la responsabilidad de cualquier fallo que pueda haber. [...] Mi preocupación de que te situaras en lo más elevado del pico era pensando en la conveniencia de que los guardias no fuesen a hacer contacto contigo antes que con Cuevas. La instrucción que les dio el avión era la de ir tomando los puntos llaves. Nosotros tomamos las precauciones debidas a la situación. Se esperaba un ataque en regla y no el envío de una compañía solitaria que venía como si estuviera desfilando por el paseo del Prado. Son cosas absurdas de las que hace el enemigo.

Mi intención era que se les cortara por la retaguardia avanzando desde el alto tuyo y desde el arroyo Manacas. Si la columna enemiga hubiese sido muy larga, el ataque entonces, más que de retaguardia sería de flanco.

La retirada de ellos parece también que fue demasiado rápida, aunque una patrulla situada en el arroyo Manacas a 600 u 800 metros del camino los hubiera podido cortar a tiempo.

Hombre de gran vergüenza, Paz estaba sumamente molesto con lo que había pasado, pero quise que entendiera que para mí estaba claro que lo ocurrido fue consecuencia de una mala interpretación de mi orden, y que en ningún momento pensé que fuera resultado de una actitud de inercia o cobardía de su parte.

Cuando lo vuelvo a leer ahora pienso que tal vez pude explicarle con más claridad cuál era su misión y le habría ahorrado aquella amargura a un hombre tan digno.

Con la inyección de las armas capturadas fue

posible armar a casi 40 nuevos combatientes, entre personal que mandé pedir a Almeida y reclutas de la escuela de Minas de Frío. El personal desarmado de los pelotones de Cuevas y Lalo también recibieron armas a raíz del combate, con lo que se logró reforzar más aún la línea rebelde en Puralón y mover un grupo de 15 combatientes hacia las posiciones de completamiento del cerco principal en Jigüe.

Nos acostumbramos de nuevo a los aviones. Ellos no podían, sin embargo, atacar a los que sitiaban al batallón porque estaban atrincherados muy cerca de sus posiciones.

Contra la tropa sitiada se emplearon muchos elementos de acciones psicológicas que incluían altoparlantes, arengas, las cartas capturadas a refuerzos se enviaban con algún prisionero. Los disparos, incluidos algunos de la calibre 50, eran rigurosamente calculados y medidos. Al final quedaron sin agua ni alimentos.

Ante el desastre sufrido el 17 de julio con el primer intento de refuerzo del Batallón 18, el mando enemigo comenzó a prepararse al día siguiente para un nuevo movimiento. Esta vez encomendó la misión al llamado Batallón de Los Livianos, al mando del capitán Noelio Montero Díaz. Se trataba de una fuerza de choque integrada por las Compañías I, K y L de la División de Infantería, con sede en el campamento de Columbia —que hasta ese momento habían actuado en la zona de operaciones como compañías independientes—, a las que se sumaron los restos que pudieron salvarse de la Compañía G-4. Este contingente no solo era mucho más numeroso, sino además, mejor entrenado y equipado que la compañía derrotada en el combate del día 17. Era la carta de triunfo del enemigo en esta operación, con la cual pensaban ilusamente que podrían sacar al batallón cercado de su desesperada situación. Ese mismo día desembarcaron en La Plata la mayor parte de los elementos del batallón, más unas cuantas piezas de artillería de 75 milímetros.

Por nuestros equipos de comunicación podíamos interceptar todas las comunicaciones enemigas relacionadas con la preparación de este segundo y decisivo refuerzo. Ese día ratifiqué a los tres capitanes de Puralón las órdenes anteriores, y avisé también a Podio que era inminente el nuevo intento enemigo.

Los Livianos partieron de la playa de La Plata poco después de amanecer el sábado 19 de julio, y comenzaron a subir por el camino del río, en un movimiento casi idéntico al realizado dos días antes por la Compañía G-4. En todo caso, el jefe del contingente desplegó un poco más sus flancos, sobre todo el derecho, por las laderas del cañón de La Plata. Esta vez, sin embargo, el avance enemigo contó con el apoyo embullante, tanto de la fragata como de las piezas de artillería emplazadas en la playa y, sobre todo, con un redoblado apoyo aéreo. Fue, sin duda, el día de mayor actividad de la aviación durante toda la batalla y, posiblemente, una de las jornadas aéreas más intensas que presenciarnos durante toda la guerra.

Un objetivo especial de la aviación eran las posiciones donde el mando enemigo suponía, por las informaciones recibidas de los oficiales y jefes de la compañía diezmada el día 17, que se mantenía la emboscada rebelde sobre el río. Desde las primeras horas de la mañana el ametrallamiento y bombardeo sobre la zona de Puralón fue muy intenso. Pero nuestros combatientes no se dejaron impresionar y mantuvieron sus posiciones. Cerca del mediodía, poco antes del comienzo del combate, una bomba de 500 libras estalló junto a la trinchera donde se encontraban los combatientes Victuro Acosta, *El Bayamés*, y Francisco Luna, en la retaguardia de las posiciones de Cuevas, y les causó instantáneamente la muerte.

Alrededor de las 2:00 de la tarde, la vanguardia enemiga chocó con los hombres de Cuevas en Puralón y se entabló el combate. Esta segunda acción contra los refuerzos del Batallón 18 fue una de las más intensas de toda la guerra. El enemigo, debidamente preparado y advertido, ofreció una resistencia tenaz e, incluso, trató en varias ocasiones de forzar las líneas rebeldes. Pero cada vez que los guardias lograban reagruparse e intentar un ataque, eran repelidos con fuertes bajas por los combatientes de Cuevas y de Lalo.